CAPÍTULO XCIX. *Que prosigue el cerco y retirada a Tlatelulco, y cómo quemaron los nuestros el templo que estaba en medio del mercado; y se dice cómo se señalaron este día algunos mexicanos*

N DÍA, CONTINUÁNDOSE LOS REENCUENTROS y batallas entre los españoles e indios, entraron los nuestros en la plaza y mercado (que ellos llaman tiánguez) en este Tlatelulco, que era entonces lugar muy espacioso y mucho más de lo que ahora es, que era el mercado general de toda esta tierra de la Nueva España, al cual venían a tratar gentes de toda ella, donde se vendían y compraban cuantas cosas hay en toda esta tierra y reinos de Quauhtemallan y Xalisco; cosa cierto mucho de ver; y yo (dice el padre fray Bernardino de Sahagún) vi esto por muchos años, morando en esta casa de el señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. En este lugar, donde tantos cabían y tantos estaban, entraron los nuestros esta vez y comenzaron a pelear contra los que estaban defendiendo la entrada; porque estaba en su defensa esta vez, gente escogida de los soldados viejos, para defender su entrada; y peleando los unos con los otros, fueron alanceados y muertos muchos de los mexicanos, que defendían el lugar; y rompiendo el sitio los castellanos pusieron en huida, así a la gente de guerra, como a los tratantes que en él estaban; y huyendo se recogieron a las casas y tiendas, de que estaba cercado y desde allí peleaban fuerte y varonilmente.

Estaba en medio de este tiánguez o mercado un grande templo, dedicado al dios Huitzilopuchtli y habiendo los españoles echado de todo el mercado a los indios, pusieron luego fuego a este gran templo, en cuya cumbre estaba edificada una capilla con un chapitel muy alto, hecho muy artificiosamente de paja, que se llamaba tezacatl, y como comenzó a arder, levantóse una llama tan alta que parecía llegar al cielo. Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mujeres que se habían acogido a las tiendas que cercaban todo el tiánguez, comenzaron a llorar con grandes gritos y alaridos y pusieron grande espanto en todos los que los oían y tuvieron los tristes mexicanos por indicio de mal agüero aquel abrasamiento, porque quemado aquel delubro satánico, luego se pronosticaron haber de ser de todo punto asolados y destruidos.

Pelearon gran parte de el día en este mercado, porque los indios se habían hecho fuertes en las casas de las tiendas y en las casas reales, donde se había recogido mucho número de la gente principal; pero lleno todo el tiánguez de los indios amigos de los españoles, hicieron gran matanza en los mexicanos, los cuales comenzaron a huir por las calles que van hacia el rincón, donde estaban fortalecidos; y con esto se acabó el alcance de este día. Luego el siguiente, como ya los llevaban de vencida y los tenían arrinconados, volvieron al mercado por la parte de el patio, donde estaba el

templo grande de Huitzilopuchtli, que se llamaba Acatliyacapan y comenzaron a saquear todas aquellas tiendas que estaban en el mercado; y como vieron la destruición que hacían, salieron los mexicanos a la defensa, llevando por su capitán un muy valiente soldado, llamado Axoquentzin, que era de la valía de los que se llamaban cuachicque, que son como matasiete, que usan los turcos. Este capitán, con los que iban con él, hicieron huir a los saqueadores que eran todos indios confederados de Cortés. Aquí fue muerto este valeroso capitán Axoquentzin Quachic, de un flechazo que uno de los enemigos le echó por el pecho, de que luego cayó muerto. En este mismo tiempo vinieron los españoles por el barrio de Yacacolco, que es donde está la iglesia de Santa Ana y comenzaron a pelear, por aquella parte, con los mexicanos. A esta sazón acordaron los mexicanos de poner una celada para que los tlaxcaltecas y otros confederados se dividiesen de los españoles y aunque lo hicieron no salieron con su intento, porque algunos de los españoles e indios amigos subieron juntamente a algunas azuteas de las tiendas y descubrieron la celada y dando voces a los que iban, por abajo, les avisaron de el peligro y volviendo contra ellos los acometieron, a los cuales salieron los mexicanos que habían sido sentidos y allí se trabó la batalla y fue muy reñida y hubo muertes de la una y otra parte.

No cesaban los castellanos de cegar acequias y abrir calles para tener más seguros los puestos de su pelea, y todo lo que los castellanos e indios amigos cegaban de día, volvían los mexicanos a abrir de noche, por estorbarles sus intentos; y en esto, se detuvieron algunos días sin poder conseguir nada de lo que se pretendía, y para salir con ello tenían los nuestros divididas, por agua y por tierra, sus plazas donde peleaban; y en éstas y otras nuevas que ganaban, peleaban y ofendían a los mexicanos y les estorbaban las entradas y salidas de la ciudad y socorros de bastimentos. En esta porfía pasaron algunos días, que fue la guerra por agua y tierra tan porfiada que era espanto veria; y no hay lenguaje para decir las particularidades que pasaban y las cosas inmensas que en cada ocasión se ofrecían. Eran, a ratos y casi siempre, tan espesas las saetas, dardos, piedras y palos que se arrojaban los unos a los otros, que quitaban la claridad de el sol y hacían efecto de muy continuas y espesas nubes; y era tan grande la vocería y grita de los hombres y de las mujeres y niños que lloraban que ponía asombro y grima; era tanta la polvareda y ruido, en derrocar y quemar casas y robar lo que en ellas había y cautivar niños y mujeres, que parecía juicio.

Señaláronse en este último conflicto algunos mexicanos principales, en especial un Temilotzin Tlacateccatl, que desde encima de el templo esforzaba grandemente a los suyos; y otro que se llamó Coyohuehuetzin, el cual armado, en figura y semejanza de tigre, llevaba consigo muchos soldados, unos armados como águilas, otros como tigres, otros como leones y hacían gran daño en los contrarios, dando voces y esforzando a los demás para que peleasen sin miedo, ni descanso y sin volver atrás. Entonces llegaron por agua los españoles, con dos bergantines y muchos xuchimilcas que les iban ayudando y comenzaron a pelear con los mexicanos que peleaban por

tierra; y como vieron venir a estos leones, tigres y águilas, dando voces y peleando tan fuertemente, volvieron las espaldas y huyeron de ellos, los cuales, haciendo presa a su salvo, cautivaron muchos y tomaron los dos bergantines a los españoles y lleváronlos a una laguna, que llaman Amanalco. Como esto vieron los españoles y tlaxcaltecas, comenzaron a pelear con ellos y aquí acudió Coyohuehuetzin con su gente y arrimóse al momoztli u cu pequeño, que estaba en el mismo mercado y hízolos volver atrás y siguiólos hasta un lugar llamado Telpuchcalli, que es donde habían puesto a su dios los mexicanos, en el barrio de Atlizeuhyan y dieron con ellos en una acequia y aquí salió otro capitán, hijo de Itzpapalotzin Otomitl, el cual iba armado y con una divisa, ricamente labrada y dieron los españoles y tlaxcaltecas tras esta compañía y dieron con ellos en un río, por donde andaban las canoas; y de allí pasaron a la parte de el agua y se libraron. Con éstos iba el señor de Cuitlahuac y creyendo sus vasallos, que iban en esta compañía, que lo habían muerto los mismos mexicanos se volvieron contra ellos; pero cesó la mortandad que hacían, con saber de cierto que iba vivo y con los delanteros de la escuadra. Encontráronse aquí indios amigos tlaxcaltecas, llamados tliliuhcatepecas y mexicanos y trabaron una cruda batalla y fuéronse metiendo por una senda y tras ellos fueron los mexicanos; y los tlaxcaltecas que iban retirándose por aquella parte se encontraron con otro capitán, llamado Tlappanecatl, de el barrio de Atezcapan, al cual prendieron; pero sus soldados arrojáronse contra los que lo prendieron y cargándolos de flechas se lo quitaron y pusieron en libertad.

CAPÍTULO C. *Que se prosigue en combatir la ciudad de Mexico*

ROSIGUIENDO FERNANDO CORTÉS en las entradas que hacía en Mexico, avisando a los capitanes que hiciesen lo mismo a un tiempo, a ocho de agosto, lo más de mañana que pudo entró en la ciudad; no halló cosa que ganar, sino una traviesa de calle, con una trinchea junto a una torre; comenzóse a combatir; pero un alférez con otros dos castellanos, se echaron al agua y con alguna resistencia pasaron y se ganó; y Fernando Cortés se detuvo en asegurarla. Allí llegó Pedro de Alvarado, por la misma calle, con cuatro de a caballo. No se puede encarecer el contento que recibieron los unos con los otros, por muchas causas y por haber hallado camino para comunicarse los dos ejércitos. Fue luego Fernando Cortés a ver el mercado; ordenó que nadie pasase adelante; y paseando por la plaza, cuando los portales estaban desembarazados de gente, tanto más estaban las casas llenas de ella por lo alto que no osaban desmandarse, por ser la plaza grande y andar caballos en ella. Subió Cortés a una gran torre, halló cabezas de castellanos y tlaxcaltecas sacrificados, puestas ante los ídolos, que le causaron gran dolor; viose de aquella torre que estaban ganadas de